

Augusto Orrego Luco.

## EXCURSION A LOYOLA

*Marzo 5 de 1930.*

**S**ALIMOS de Biarritz a las 9½ de una mañana de primavera. El cielo de un azul sin nubes. El aire deliciosamente suave.

Seguimos el camino que ya hemos recorrido tantas veces desde Biarritz hasta San Juan de Luz. Ahí abandonamos la espléndida cornisa de las orillas del mar para seguir por un silencioso camino de montañas que va subiendo por una falda escarpada. El camino es boscoso. Pasamos por *Urrugue*, pequeña aldea con casitas de piedra que se agrupan al borde del camino. Es un rincón triste y pobre. Desde esa aldea divisamos el Castillo sombrío y solitario en que residió Luis XI largas temporadas.

Subimos a la ancha meseta de las «*Croix des Bosquets*», donde se domina una perspectiva inmensa sobre el mar y desde donde la vista puede pasearse al mismo tiempo sobre un grandioso paisaje de montañas.

Bajando de esa altura llegamos en el valle a la pequeña Behobia, en la desembocadura del Bidasoa. Es una aldea fronteriza en que los viajeros tienen que exhibir sus pasaportes. Todo lo que hay de grotesco en esta mascarada de la defensa de las fronteras con que se trata de encubrir una simple estorsión a los viajeros, ha quedado en una transparente desnudez en estos

días. Toda la prensa ha comentado las negociaciones Norteamericana a que ha dado margen la tranquilidad con que Jack Dainter, el Rey de los *Bootlgeros* de Chicago, recorrió la Alemania, con pasaportes y visas consulares, a cara descubierta, sin que ningún cónsul le hiciera la menor dificultad al que pagaba en buenos *dólares* todos los derechos.

Después de esa inútil y molesta tramitación de pasaportes atravesamos el ancho y tumultuoso Bidasoa por el puente *Internacional*.

Seguimos por la orilla española de ese río, cuyas aguas se van tranquilizando a medida que avanzan hacia el mar. Es la hora de la marea alta en que es más fuerte la resistencia del mar a la corriente del río. Al llegar a su desembocadura el río se presenta como un lago tranquilo de aguas inmóviles.

Siguiendo por la orilla pasamos delante de la pintoresca población de Hendaya.

Seguimos un camino sombreado por los árboles, con un pretil elegante y un suave pavimento de *macadán* alquitranado. Por todo un costado del camino va una cerca de enrejado ligero, sostenido por postes bajos de madera, pintados a listas blanco y rojo. Ese camino tan coqueto y cuidado es una de las transformaciones con que Primo de Rivera ha querido sorprender a los viajeros y cubrir los abusos de una dictadura militar.

En la orilla del río divisamos alegres bosquecillos de laurel-rosa y espesos matorrales que sirven de guarida a los contrabandistas.

Sigue el camino, cuidado con un esmero que supera a los más cuidados caminos extranjeros, teniendo a la vista la hermosa perspectiva que va desarrollando la orilla de Francia.

Pasamos por Irún que es una larga calle de vieja construcción, con murallas de mórtero y tejados rojos. Nos señalan al pasar la «Casa de los Gitanos», al lado la «Casa de los Gendarmes». La calle es silenciosa y

desierta. Sólo hay animación el 30 de Junio en que se celebra aquí una procesión religioso-militar, que es la gran fiesta de toda la comarca.

El camino sigue subiendo, ancho, suave y fácil. A lo lejos la perspectiva del mar se va ensanchando.

Nos acercamos a *Fuenterrabía*, la ciudad guerrera rodeada de murallas, y suspendida sobre el espolón rocalloso que avanza sobre el mar formando el Cabo de Figuer.

Frente, en el mar, está la isla de Santa Clara, sombría y salvaje, envuelta siempre en una sábana de espuma, y allá lejos, en la inmensa soledad del mar, se extiende la tranquila línea azul del horizonte.

Entramos en la antigua Fuenterrabía por la *Puerta Principal*. En la muralla de piedra, que encierra la ciudad, se abre una gran arcada sobre la cual hay un escudo español tallado en piedra; y debajo de ese escudo se lee, en un cartel, una inscripción tallada de relieve: «La muy noble y muy leal ciudad de Fuenterrabía, provincia de Guipúzcoa». Y encima del escudo, resguardada en un nicho, una imagen de María.

Por el claro de esa vieja arcada se divisa la calle Mayor, calle angosta, corta, severa y sombría; con edificios altos, de tres y cuatro pisos, balcones salientes, con rejas de fierro forjado. El primer piso de esas casas está ocupado por el comercio, por almacenes y por tiendas. La vereda cubierta con grandes baldosas y la calzada adoquinada: se encuentran cubierto todavía con los *confetti* del carnaval.

La pendiente muy fuerte de esa calle hace penosa la subida. En el fondo de la calle está la Iglesia.

El pórtico está en la base de una gran torre de piedra, cuadrada, desnuda, que sube a mucha altura, sosteniendo un campanario ochavado, elegante y gracioso.

En el interior nos encontramos con una basílica

suntuosa, de bóvedas muy altas, con arcadas ojivales sostenidas por gruesas columnas.

La nave central es imponente.

En el fondo está el altar mayor, de madera dorada, y forma triangular, que sube desde el piso hasta la bóveda como una inmensa llama de oro.

En las naves laterales hay otros dos altares de madera dorada, talladas con un arte primoroso y un lujo de ornamentación extraordinario. Son los altares de San José y de María; el de San José más fastuoso y recargado en sus adornos y el de María más discreto y más retenido en su esplendor.

A la entrada hay un crucifijo de madera, pintado de colores, más que de tamaño natural, de un realismo impresionante. Ese crucifijo tiene como fondo un fresco de tempestad pintado en la muralla, encerrado entre dos columnas doradas que sostienen una cornisa sencilla. Al pie del crucifijo, una pila de agua bendita que tiene la forma de una gran copa de mármol.

Salimos de la Iglesia por una puerta lateral que se abre en una pequeña plazoleta, desierta, desolada, en que sólo se ve un banco de madera a la sombra de unos árboles. Es de una soledad tranquila.

Al frente de esa plazoleta hay un enorme construcción de piedra, de murallas muy altas, lisas, desnudas, oscurecidas por los años.

Esa construcción sombría, casi siniestra es el antiguo «Castillo de Carlos V», en que han instalado ahora el «Museo».

En el primer piso se abre solamente una pequeña puerta de entrada, estrecha y sencilla. Sobre la puerta hay una inscripción que tal vez hemos leído mal porque atribuye a Carlos V la construcción de ese Castillo, que fué construido en realidad por Don Sancho de Navarra. En ese Castillo murió Doña Juana la Loca, dejando aquí el lúgubre recuerdo de su amor y su desgracia.

Entramos por un largo pasadizo sombrío, oscuro, con una bóveda muy baja.

Nos encontramos en un pequeño patio, rodeado de murallas de piedra muy altas. El pavimento es tosco. Dos arcadas laterales comunican con otros patiecitos.

En el fondo, unas cuantas gradas de piedra nos llevan a otro pasadizo oscuro, en que se abren dos arcadas ojivales por donde se entra a otro pequeño patio en que nos encontramos con una indecible impresión de sorpresa. Un bosque de grandes plantas parásitas arborecentes cubre con su follaje las cuatro murallas de piedra que rodean ese patio. Ese bosque suspendido hasta lo más alto de esas murallas es de un efecto fantástico de que no podemos formarnos una idea. Todos nos decían que en este museo lleno de cosas curiosas, la más curiosa que hay es este patio, este bosque alegre y ligero sobre esas viejas murallas.

Un ascensor lleva a la terraza que domina el Castillo. La vista es soberbia desde esa altura que nos deja ver la desembocadura del Bidasoa, ancho y tranquilo, las olas tempestuosas que vienen a azotarse en las rocas y los escarpados farellones de la costa; las altas montañas inmóviles y sombrías, la extensión inmensa de ese mar siempre agitado, la línea oscura del horizonte y más arriba, un cielo azul.

Ese Castillo era un escenario apropiado para la pobre reina en sus días de locura, con sus corredores oscuros, sus patios tenebrosos, sus pasadizos que se entrelazan como los caminos de un laberinto. Cuenta la leyenda que la reina loca después de tantos siglos rondaba todavía por esos pasadizos misteriosos.

El Castillo ha sido sitiado muchas veces. Francisco I logró apoderarse de él en 1521. Condé y Saint-Simon no fueron igualmente afortunados en sus 20 asaltos. Dirigía la defensa el alcalde Don Diego Butrón cuya estatua de bronce, en actitud de mando, adorna uno de los patios del Castillo.

En un costado de esa severa y noble construcción hay una plazoleta triangular, pavimentada de ripio, rodeada de edificios vulgares, viejos, que tienen con sus balcones corridos, sus rejas de madera, y los colores vivos de sus murallas, un carácter muy acentuado de la España antigua. Por esas ruinas, silenciosas y desiertas atravesaban dos muchachas vendedoras de pescado. Lo llevaban en una canasta plana, como una bandeja de mimbre, con dos agarraderos a los lados, que tomaban las dos muchachas. Las dos iban cantando alegremente la venta. Llevaban las dos el cuerpo ceñido con un *fichú* negro, un corpiño rojo y una falda suelta; andaban con alpargatas y la cabeza sin más adorno que sus cabellos. Las voces frescas y la boca risueña de esas muchachas completaban un delicioso cuadro de costumbres lugareñas.

La gran arteria de Fuenterrabía es la calle mayor; veredas cubiertas con grandes baldosas; calzada con un pavimento de adoquines, edificios de un aspecto noble y severo. Ahí está la casa del Ayuntamiento con su gran fachada, una residencia condal del Renacimiento. En esa calle larga y angosta vemos pasar una carreta tirada por bueyes, y burros cargados con grandes bultos. Ese tráfico se hacía en medio de una enorme gritería de carreteros y gañanes y de los pocos transeuntes que buscaban precipitadamente donde refugiarse para dejar libre el paso.

Otra calle interesante es la de «Pampinol», de grandes casas señoriales. Es el barrio aristocrático, solemne y silencioso.

Como en todas las viejas poblaciones hay pintorescos barrios populares, animados y curiosos. El barrio de «la Marina» es uno de esos barrios pobres. Ahí vemos casas bajas, con balcones salientes, rejas de madera, y por todas partes se ve ropa tendida al sol para secarse. También se ven cordeles que atraviesan la calle con ropa suspendida que le da un aire

de conventillo. Mujeres sentadas, trabajando en la puerta de sus casas, y cuidando a los chiquillos, que juegan en la calle.

En esa ciudad, guerrera y devota, tranquila y silenciosa hay días de gran animación, en las procesiones de Semana Santa y las fiestas del 8 de Septiembre.

Saliendo de Fuenterrabía vamos por un camino ancho que pasa entre dos montañas, la de Juzquivel que queda hacia la costa y la de Hayen que sube al interior. Atravesamos el valle siguiendo ese camino, divisamos a los lados anchas avenidas de árboles, torres feudales, conventos, capillas de campo, granjas, huertos en que ya se ven almendros cubiertos con sus flores blancas.

Llegamos a la pequeña población de Rentería.

El camino nos lleva hacia la costa donde encontramos el puerto de Pasajes, en el fondo de una bahía profunda y tranquila, que los viajeros comparan con los famosos «fjord» de la Noruega. En esa enorme entrada del mar hay en las dos orillas, frente a frente, dos pueblecitos de pescadores: San Juan y San Pedro.

Pasajes, que es ahora una pequeña población, ha sido en otro tiempo un gran puerto, rodeado de astilleros de construcciones navales. En los tiempos de la Gran Armada, Pasajes tuvo días de esplendor, la vida y la animación del más grande de los puertos de España. Pero esos días de grandeza ya han pasado y ahora sólo encontramos un pequeño puerto a la orilla de una gran bahía silenciosa y tranquila. Pero sobre la decadencia y la ruina de todas las grandezas queda siempre flotando la suave melancolía del recuerdo.

Víctor Hugo, que vivió cuando era niño en este rincón de España no olvidó nunca su tristeza y su poesía melancólica, y después, cuando era un hombre

venía aquí a buscar un refugio en sus días de expatriación y de tristeza.

Volvemos a alejarnos de la costa. El camino sigue entre montañas que cierran el horizonte, que sólo se vuelve a abrir cuando hemos llegado a San Sebastián.

Vemos bruscamente aparecer el puerto, con su largo espigón, sus dársenas, su enorme actividad comercial y su trabajo incesante. Ese rincón de las dársenas laborioso y afiebrado, está completamente separado de la bahía tranquila, indolente y silenciosa del balneario.

A medida que nos vamos acercando se acentúa el contraste con la antigua población de Fuenterrabía, que nos ha dado la viva impresión de una ciudad medioeval. San Sebastián es una ciudad moderna, tal vez exagerada en su modernismo. La ciudad antigua fué incendiada por Graham en 1813. El castillo en que Francisco I estuvo prisionero ha sido arrasado. La población que vemos ahora es toda nueva, no tiene pasado, no tiene recuerdos. Es una población de ayer, cosmopolita, sin ningún carácter.

La primera impresión que nos produce es la de una población hermosa y fría.

«La Concha» es la bahía del balneario. El nombre es apropiado a la curva deliciosamente suave que tiene la bahía. Una isla se extiende como rompe-olas delante de ella.

En todo el contorno de la Concha, va el paseo «Príncipe de Asturias», ancho, con un suave pavimento de cemento, que figura grandes baldosas; una elegante reja de fierro sirve de balaustrada por el lado del mar a ese paseo. Vemos pequeñas embarcaciones que cruzan a la vela. Hay cómodos bancos a lo largo del paseo desde donde se puede contemplar tranquilamente el hermoso espectáculo del mar azul, bajo un cielo hermoso y sereno.

Al lado de esa ancha avenida, se extiende una cal-

zada muy cuidada, de una irreprochable suavidad para la circulación de carruajes y automóviles. Detrás de la calzada divisamos en toda su extensión una línea de grandes edificios, de rasca-cielos con un lujo de altura y una deplorable economía de buen gusto.

En el rincón más abrigado de la *Concha* esta la *Gran Playa*, que es el centro más animado del balneario.

La playa, de una arena fina y dorada, se extiende en un suave declive que permite entrar sin peligro hasta muy adentro en el mar.

La «Bajada» es una rambla que viene suavemente desde el paseo hasta la playa y tiene como baranda una reja lujosa. Todas las mañanas una muchedumbre de curiosos viene a divisar desde esa rambla a los bañistas.

Todos los veranos hasta la caída del otoño, la playa se cubre de carpas, cuyos toldos planos se juntan formando un telón inmenso. Las carpas corren sus cortinas cuando se desnudan o se visten los bañistas. Después del baño las carpas se transforman, quedan completamente abiertas las cortinas, convertidas en pequeños tocadores, en *boudoirs*, con sillas y mesas que se cubren con pasteles, bebidas ligeras, té y café, que conservan en *thermos* su calor. Los bañistas invitan a sus carpas que al fin de la mañana hacen el efecto de la animada terraza de un restaurant de lujo.

En las noches de luna, en el verano, vuelve a animarse el paseo de la playa. Es el espectáculo del mar bañado por la luz plateada, es la bruma sentimental de esa inmensa soledad.

En el invierno las carpas desaparecen, se va el mundo elegante, la playa queda desierta, el sol brilla en la arena dorada y sólo se oye el rumor de las olas que se extienden en la playa con la lenta suavidad de una caricia.

Bordan la calzada, como ya hemos dicho, grandes

construcciones, edificios enormes de una monotonía y un mal gusto deplorable. Es el triunfo del «modern style», con la monotonía fría de la línea recta, con sus ventanas, en filas simétricas, iguales, sin ningún relieve, sin nada que interrumpa la eterna monotonía de sus líneas sin vida. Y luego todas esas construcciones pintadas con el mismo color, de una uniformidad desesperante.

Dentro de esos enormes edificios vive una población en cada piso, vive en la promiscuidad de un conventillo, pero aquí las frotaciones inevitables de la vida común no tienen la compensación de los pequeños servicios que se prestan los vecinos. En esas grandes casas no hay vecindario. Una barrera de hielo separa a los que viven juntos. No hay entre ellos ningún lago. Es el mayor aislamiento en medio de la multitud.

Esas grandezas del «modern-style», frías e indiferentes, sin belleza y sin gracia nos hacen sentir todo el encanto de las casitas bajas, de dos o tres pisos, con sus jardincitos, sus ventanas con flores y sus celosías discretas, de esas casitas amables que respiran un aire de mediocridad tranquila, la *aurea mediocritas* de Horacio, de esas casitas que despiertan un sueño vago y delicioso que duerme en el fondo de todas las almas.

Nos detuvimos a almorzar en el «Hotel Biarritz», hotel de lujo; grandes salas, sirvientes de frac, generosas propinas y un precio de balneario que el *menu* no justifica.

Recorriendo al pasar la población vemos la «Casa Real», imponente, majestuosa en que se siente el severo gusto español. Un «Kursaal» de una fantasía extravagante, con dos torres que le dan un aire de iglesia a esa sala de baile.

Pasamos por la «Alameda», hermoso paseo de dos millas de largo en las orillas del Uramea, paseo agreste, solitario y delicioso, con sus grandes palmeras y sus floridos tamarís.

Saliendo de San Sebastián nos alejamos un poco de la costa por un camino accidentado y pintoresco, que sigue las ondulaciones muy fuertes del terreno. Vemos al pasar la vieja población de *Usurbil*. Seguimos después la gran subida y llegando a la altura divisamos el pequeño puerto de *Orio*.

Desde la altura en que estamos una cuesta nos lleva todavía más arriba, desde donde divisamos al pasar el nuevo balneario de *Zaraun* con su hermosa playa que el mundo elegante principia a frecuentar. Domina ese pequeño puerto el Castillo del marqués de Navas, severa y sombría construcción del siglo XV.

Desde ahí va hasta Guetari la hermosa cornisa española siguiendo la orilla del mar por la montaña. La perspectiva de esa cornisa tiene el encanto del movimiento eterno de las olas, que no cesa nunca, que no cansa nunca.

Mirando ese mar azul, que en esos momentos cruzaban a la vela barcos de pescadores, con el suave mareo que produce el vaivén cadencioso de las olas, llegamos a *Zurnaya*.

Más allá de *Zurnaya* abandonamos la cornisa para dirigirnos al interior de las montañas. Atravesamos el pequeño río Urola, que cruza un vallecito boscoso, y siguiendo por un camino de montaña, pasamos por la estación Termal de Cestona.

Más allá el camino parece terminar. Una montaña agria y sombría, el Ilzarraitz se levanta delante de nosotros. Detrás de esa montaña está Loyola.

Por un camino escarpado, que va al borde de un torrente, salvamos la montaña. Desde una altura abrupta, cortada a pico, divisamos al pie el vallecito de Azpeitia, que se extiende alegre, risueño y humilde sumergido entre montañas ásperas.

Bajamos por un camino muy abrupto e inclinado que va describiendo grandes lazadas. Las curvas del camino nos van descubriendo, poco a poco, todo el va-

lle, en que vemos aparecer a la distancia como puntos luminosos, los campanarios y las cúpulas de los cuatro conventos.

Llegando al valle nos dirigimos al pobre caserío de Azpeitía, que se agrupa alrededor de una capilla. Grandes árboles dan sombra a una plaza de aldea solitaria, que sólo se anima en las horas de baile y de fandango. Un banco de piedra es todo el adorno de esa plaza rústica, alrededor de ese banco, después del Angelus, se forma todas las tardes la «tertulia» que comenta alegremente la vida de la aldea.

En la humilde capilla de esa aldea nos muestran la pila bautismal en que fué bautizado San Ignacio. Es una pobre pila, ahora engastada en una ornamentación suntuosa. Una hermosa mujer que iba en la excursión, junto con nosotros, besó emocionada los rústicos bordes de esa pila.

El camino va derecho por ese vallecito de Azpeitía, plano, agreste, cubierto de un ligero manto verde. Se ven a los lados del camino grandes grupos de árboles. En medio de esas montañas sombrías ese vallecito es un oasis de verdura, de soledad y de paz.

Pasamos delante de los Conventos de Jesús y de María, y de la gran Casa Central de las Damas Catequistas.

Los Conventos forman un grupo de edificios de estilos diversos, encerrados por murallas altas y almenadas. En medio de ese grupo se levanta una gran torre cuadrada y por encima de esa torre sube la aguja de un campanario.

Al lado de ese convento medioeval hay unas construcciones modernas, que nos muestran a la distancia una larga fila de ventanas con celosías verdes.

Subiendo un poco por la falda de la montaña está la Casa Central de las Damas Catequistas. Es un edificio de estilo italiano del Renacimiento, de una gracia alegre y lujosa. El edificio tiene dos pisos y un

subterráneo. Vemos al centro un portal y a los lados dos alas que van a terminar en una cúpula elegante. Esa casa es una residencia aristocrática, que hace recordar los conventos nobles del siglo XVIII.

En medio del camino encontramos sobre un hermoso pedestal una imagen de María que marca la entrada del recinto del Monasterio de Loyola.

El camino va derecho por ese campo silencioso y solitario. Llegamos a la *Fonda*, a la vieja hospedería que ha conservado su aire medioeval. Un grupo de árboles forma a su alrededor una gran sombra de hojas verdes.

Un ancho corredor mira al camino. Una escalera en caracol con una balaustrada de fierro forjado sube a los altos.

Desde que se entra en la gran sala que sirve de comedor y de salón, se siente un olor de cocina, de aceite y sacristía. El amoblado es sencillo, todo de encina, las mesas, las asientos y las sillas. No se ve en la sala ninguna venta de licores.

Los cuartos de la *Fonda* son todos espaciosos, con paredes blanqueadas, desnudas, sin más adornos que la imagen del Santo y grandes carteles que hacen saber que allí «es prohibido jurar y blasfemar».

El torrente que atraviesa el valle se acerca al camino que seguimos, produciendo un ruido sordo y extraño, en medio del silencio.

A lo lejos ya divisamos claramente la masa inmensa del monasterio que dibuja su silueta sobre el fondo oscuro de la montaña.

El monasterio se levanta en el sitio mismo que ocupaba el Castillo feudal de los Loyola, señores de toda la comarca.

El Castillo fué arrasado en 1359 por Enrique III, como todos los castillos de Guipúzcoa, que él consideraba como «madrigueras de bandidos». Sólo quedó

en pie un torreón que más tarde fué también arrasado hasta la altura del primer piso.

Los padres de San Ignacio restauraron el torreón y lo ensacharon con una construcción de ladrillo de dos pisos, que pasó a ser la casa solariega de Loyola.

Tenemos a la vista un cuadro de esa Casa Solariega. Un gran torreón cuadrado de piedra gris. En un costado se abre abajo una puerta ojival. Encima de la puerta los blasones de la Casa de Loyola. Y más arriba, en cada costado, una ventana. En la construcción de ladrillo rojo se abren las ventanas de las habitaciones de dos pisos. Los ángulos de la muralla de cintura son torrecillas redondeadas. El único adorno de esas murallas desnudas es un ancho friso de mosaico. El interior de esa casa, que vamos luego a visitar, se conserva todavía engastado en el Monasterio, como una joya en un estuche.

Esa casa solariega, perdida en una serranía con el transcurso de los siglos y las evoluciones de la vida habría seguramente caído en ruínas y desaparecido en el abandono y el olvido. Pero un lance de guerra vino a decidir de su destino brillante.

Un día de primavera del año de gracia de 1521 un joven gentilhomme fué traído gravemente herido en una pierna en el combate de Pamplona. Ese joven guerrero era el Capitán D. Ignacio de Loyola, que había llevado hasta entonces la vida alegre de su tiempo. Para distraer las horas fastidiosas de la larga convalecencia de su herida se puso a leer los únicos libros que podía procurarse: las Vidas de los Santos, la Imitación de Cristo y algunas obras místicas. Esas lecturas despertaron las aspiraciones y los sueños de una nueva vida. En el temperamento apasionado y expansivo de ese joven guerrero no podía quedar en el silencio el trastorno moral que había sufrido. Habló con los amigos que lo venían a acompañar en su larga enfermedad y encontró entre ellos algunos que aco-

gieron con entusiasmo sus ideas. La Orden de la Compañía de Jesús quedó formada.

Esa Orden que al través de los siglos debía conocer todas las grandezas y miserias de la vida de la Iglesia, que debió sentirse a veces dominadora y poderosa y a veces proscrita, vagabunda y perseguida, que debía a veces tener en sus manos el poder formidable de la Iglesia y a veces sentirse arrastrada al abismo, pero siempre, al través de esas alternativas de favor y de desgracia la Orden ha conservado inalterable su rasgo más característico, su espíritu de lucha; ha luchado siempre, ha luchado hasta en los días de su mayor prosperidad.

La casa solariega en que nació Ignacio de Loyola y nació también la Compañía de Jesús, fué después adquirida por Ana de Austria, viuda de Felipe II y obsequiada a los jesuítas para que construyeran ahí su Monasterio.

Siguiendo los planos de Fontaun, se principió la construcción el 25 de Mayo de 1658. La proscripción de la Orden suspendió la construcción. Pasó un siglo antes de que pudiera continuar. La obra sigue lentamente y sólo se termina en 1882.

El Monasterio se nos presenta como una construcción monumental. En el cuerpo central del edificio avanza un pórtico en rotonda, que conduce una ancha gradería de mármol. A los lados de ese pórtico extiende el edificio sus dos alas. La severidad suntuosa de esa construcción no se altera ni siquiera con los jardincitos de crisantemos y claveles que la envuelven con su perfume y con sus flores.

Por una puerta lateral de la fachada entramos en la «Casa Santa». Nos sentimos desde el primer momento deslumbrados con el esplendor suntuoso que por todas partes nos rodea. El vestíbulo, la antigua sala de armas, todo está cubierto con planchas de mármol y alabastro. El pavimento es todo de mármol.

En el fondo se ve un manto de muralla de la propia casa de Loyola. La piedra groseramente tosca de esa muralla ha sido respetuosamente conservada. En esa muralla se abre la puerta de la Casa de Loyola, la entrada del antiguo castillo feudal de la familia.

Hay en ese vestíbulo suntuoso y sombrío dos grandes esculturas, de mármol. Una representa a San Ignacio herido después del combate de Pamplona. La figura es de tamaño natural y aparece recostada sobre un canapé y al lado se ve un soldado de pie, que está leyendo. Todo, las figuras, el canapé, los objetos, son de mármol coloreado con los colores mismos de la vida; pero sobre todo lo que da una impresión más extraordinaria y animada a ese realismo es la fisonomía emocionada de San Ignacio, con sus grandes ojos negros, fijos, perdidos en los esplendores del éxtasis.

Le sirve de fondo a esa escultura un magnífico cortinaje de brocato rojo.

El otro monumento, es una escultura de bronce, que representa a San Ignacio vestido con su traje de guerrero, cubierto con toda su armadura y teniendo en la mano su espada de combate. En esa figura de bronce oscuro hay un detalle impresionante que la anima y la transforma: la visera del casco levantada, deja ver la cara que es de mármol rosado y tiene un aire de vida extraordinario.

A la derecha del vestíbulo una puerta cerrada. Es una puerta de caoba oscura, con vidrios empavonados que cubre una reja de bronce bruñido. Es la entrada de una capilla de mármol blanco. El altar, la bóveda, el piso todo es de mármol. Una lámpara de oro alumbra constantemente esa capilla.

Entramos por la puerta de la antigua torre. Subimos por una escalera de cedro con baranda de bronce. Vamos a las habitaciones que desgraciadamente encontramos transformadas en capillas, dejándonos ver sólo rincones, sólo detalles de la casa sombría en que

ha vivido San Ignacio. El lujo suntuoso que cubre ahora esa casa no nos compensa la hermosa y desquda realidad de ayer.

Entramos al Comedor, que es ahora la Capilla de Pusísima. La puerta es de plata maciza, el piso está cubierto con grandes láminas de plata, las murallas forradas en mármol. Un altar de mármol blanco, y sobre el altar un bajo-relieve de oro y grandes candelabros cubiertos de pedrerías.

Y en medio de ese lujo fastuoso encontramos el techo de la sala solariega, con sus gruesas vigas salientes y desnudas. Las tablas del techo han sido bruñidas y suavemente barnizadas, conservando su color; las gruesas vigas han sido ligeramente decoradas con finos hilos de oro.

La Cocina también ha sido desfigurada por el lujo. También todo en esa pieza está cubierto de mármol, todo, hasta el fogón. Sólo ha escapado a esa profanación piadosa la ancha chimenea que daba salida al humo del hogar. Todavía podemos ver en esa chimenea la mancha que dejó el humo en la muralla.

En la suntuosa capilla de San Francisco de Borja, todo también desaparece envuelto en un manto de riqueza. Junto al altar vemos la mascarilla de San Francisco de Borja, el apasionado duque de Gandia, el romántico enamorado de la reina, que cuando la quiso ver por última vez descubrió su hermoso seno cubierto por una úlcera. Ese supremo desencanto de la vida lo llevó a un convento.

Vemos en la mascarilla una figura de líneas severas, de un óvalo ligeramente alargado, una frente amplia y terca; una boca de líneas delicadas y un dibujo correcto; una nariz apenas encorvada, ojos grandes profundos y párpados largos, que debieron dar a su mirada una expresión soñadora, velada y virginal.

Al lado de esa interesante mascarilla vemos en una vidriera la casulla de San Ignacio.

Entramos en la Capilla del «Relicario y de la Conversión de San Ignacio». Ese es el Santuario de la Casa Santa, esta es la sala en que nació San Ignacio. La suntuosidad es magnífica; por todas partes vemos mármol, columnas de alabastro, oro, piedras preciosas, un fantástico derroche de tesoros; grandes cortinajes de felpa en las ventanas, y telas riquísimas cubriendo las paredes.

Encontramos en esa sala la estatua en bronce de San Ignacio que lo representa herido, sentado en una silla, leyendo un libro, que tiene abierto sobre sus rodillas. Es el momento en que lo sorprende la visión transformadora. San Ignacio ve pasar a su lado a San Pedro y a María que vienen a mostrarle el camino que va a seguir su vida. El contempla extasiado esa visión maravillosa.

Esa hermosa estatua es sin duda una obra maestra de la escultura española.

A un lado de la estatua se ve una ancha puerta de alabastro que cierra el retrete en que se guardan las grandes reliquias del santo. Dos ángeles de mármol que sostienen grandes candelabros de oro están colocados a los lados de la puerta. Cortinas de felpa cubren la puerta del relicario. Lámparas de filigrana de oro derraman sobre la sala una luz suave y grandes pebeteros queman incesantemente sus perfumes.

Después de recorrer esa suntuosa galería en que se han derrochado los esplendores fastuosos del oriente, nos preguntamos, si no habríamos preferido ver la Casa Solariega, con su paredes blanqueadas con cal, el piso enladrillado de las piezas que ocupaba la familia, los muebles mismos de que se sirvió en su vida San Ignacio, todo lo que fué el cuadro de su vida, todo lo que ejerció sobre él la influencia muda de las cosas y en que queda flotando la sombra evocadora del recuerdo.

Saliendo de la «Casa Santa» vamos a la gran basílica.

Entramos por el suntuoso pórtico redondeado, de mármol blanco, que adornan las columnas de mármol negros con relieves de bronce.

Tres enormes arcadas forman ese pórtico y detrás de las arcadas hay una ancha galería en que se abren las puertas de la iglesia. Esas grandes puertas son de madera bruñida, esculpidas con un arte exquisito y adornadas con una brillante ornamentación de cobre.

Entrando al interior nos encontramos en una gran iglesia redondeada. Grandes arcadas de mármol blanco formando círculo, sostienen una inmensa cúpula. Las arcadas se apoyan en columnas de un mármol muy oscuro, casi negro, y la cúpula es de un mármol gris de nube y de un mármol rosado. Sobre las columnas negras se levantan estatuas de personajes de la Compañía de Jesús en la devota actitud de la oración. Las grandes ventanas de esa cúpula derraman un torrente de luz en esa iglesia. En el contorno de la cúpula una decoración de mármol blanco y rosa figura un espléndido cortinaje.

Una ancha galería rodea por fuera el suntuoso círculo de esas arcadas, que forman la rotonda. En esa galería están los pequeños altares, todos de mármol, y todos adornados con estatuas de santos, que son obras de arte.

Mirando desde la entrada se ve al frente en el fondo de la arcada, el soberbio altar mayor ligeramente velado por la sombra. Es de un esplendor magnífico. El altar es de ágata gris, adornado con columnas salomónicas también de ágata, en que se enrollan anchas cintas con incrustaciones de mosaico que sostienen la coronación del altar.

En medio del altar se levanta una imagen de San Ignacio de tamaño natural, toda de plata cincelada.

Delante del altar grandes candelabros de oro. Y a

los lados del altar grandes lámparas suspendidas de la bóveda. En los días de fiesta, cuando esas lámparas se encienden, la iluminación del altar es del más fantástico efecto.

En las columnas que sostienen la gran arcada central están los púlpitos de madera tallada, que son uno de los más costosos lujos de la iglesia, por el arte exquisito de sus decoraciones.

El piso de la iglesia está cubierto con baldosas de mármol blanco y negro.

Saliendo de esa espléndida basílica nos volvemos a encontrar en los jardines que sirven de adorno a su fachada. Es un jardín abierto. No tiene ninguna reja que lo encierre, ni siquiera una cerca ligera o una pequeña palizada. Sus caminitos van entre las flores a perderse en pleno campo. Es un jardín tranquilo y confiado ese hermoso jardín del Monasterio.

Volvemos a encontrarnos en la inmensa y apacible soledad del valle de Azpeitia. Por todas partes nos rodea un grandioso circo de montaña. A un lado del camino volvemos a ver los Conventos de Jesús y María, y la Casa de las Damas Catequistas y al otro lado la Estación y la gran Fonda.

Para salir del valle seguimos por un camino de montaña que va subiendo las largas lazadas de una cuesta que tiene 15 kilómetros de largo.

El camino atraviesa el pequeño caserío del *Regil*. Una capilla de campo, un frontón de pelota, algunas casas, y todo eso envuelto en la inmensa soledad del campo y la montaña.

Y más allá nos encontramos en la famosa Garganta del Regil. Larga, sinuosa, estrecha y sombría. El camino defendido por un fuerte parapeto va a la orilla profunda de un abismo. Un torrente se arrastra ruidosamente en el fondo de ese precipicio.

Llegamos al paso del Regil. Estamos a más de mil metros de altura sobre el nivel del mar.

Bajamos al pintoresco valle de Unamea y, siguiendo por el camino de Tolosa, atravesamos de prisa la antigua capital de *Guipúzcoa*.

El camino se dirige hacia la costa. Pasamos delante Andosín, pequeña población en medio de un bosque.

Una curiosidad muy explicable hace que detengamos un poco la rápida marcha de la vuelta. Vamos recorriendo un vallecito a las orillas de un río. Es un vallecito boscoso, verde y risueño. En medio de ese valle está la pequeña población de *Hernani*.

La población romántica, que ha popularizado en todo el mundo Víctor Hugo, ha desaparecido. Sólo quedan ruinas informes del Castillo feudal de los señores de Hernani. Sólo queda el escenario inmóvil de la vida caballeresca de esos tiempos, las montañas escarpadas y sombrías, el vallecito risueño, el río con la eterna canción de su corriente y el cielo con la inmensidad misteriosa de su espacio.

Ahora Hernani es una población fabril. Se levantan por todas partes las enormes chimeneas de las fábricas. Se ven a los lados del camino casitas risueñas con pequeños jardines y con grandes huertos. Se siente en la pequeña población el rumor alegre de una vida de trabajo.

El Hernani romántico ha desaparecido y sobre su tumba crecen las flores. *Le Roi est mort! Vive le Roi!*

Volvemos a seguir de prisa por un sinuoso camino de montañas. Luego nos acercamos a la costa y volvemos a pasar por San Sebastián.

Tornamos al camino que habíamos seguido en la mañana, pero al salir de *Rentería* tomamos el camino viejo que rodea la fantástica montaña de las «Tres Coronas», que parece levantarse completamente aislada en medio de un gran valle. Pasamos por la pequeña aldea de Oyarzún.

Nos dirigimos a la orilla del Bidasoa y atravesando

por el puente Internacional seguimos el camino de Biarritz.

Cae la tarde. Las sombras del crepúsculo se extendían lentamente. Las estrellas principiaban a asomar en el azul del cielo cuando llegamos a Biarritz.

---

P. S. Una grave amenaza se suspendió después sobre ese apacible valle de Azpeitia. La Constituyente de la nueva república española ha establecido en su proyecto de Constitución la expulsión de los Jesuitas, que el misterioso 4.º voto coloca en una condición excepcional respecto de las demás congregaciones religiosas. Ese 4.º voto a que se han hecho en la Cámara misteriosas y siniestras alusiones, hace temerario extender sobre la incorregible Compañía el manto de la tolerancia religiosa. Los jesuitas de melodrama han vuelto a reaparecer en la política española y esa siniestra aparición ha inspirado a la Constituyente el artículo 24 de la Nueva Constitución que los expulsa. Los jesuitas españoles han recibido con un tranquilo orgullo esa amenaza. Recuerdan que en el transcurso de un siglo han sido tres veces expulsados de España y que han vuelto las tres veces. Ahora, como a todas las instituciones religiosas, les niegan el derecho de enseñar; y hace pocos años, cuando los jesuitas pensaron suprimir algunos colegios, la dictadura militar los obligó, con las más severas amenazas, a continuar en ellos su enseñanza». «Eso no es serio», decía con una sonrisa de ironía un joven jesuita que no recordaba estos detalles.

Ese famoso 4.º voto de sumisión, y obediencia al Sumo Pontífice de Roma, ha sonado en los oídos de las Cámaras republicanas de España como un juramento de obediencia y sumisión a un Monarca extranjero y ha determinado la expulsión de los jesuitas

de todos los dominios españoles, condenándolos a buscar en tierra extraña un rincón en que puedan albergarse.

Fué triste para ellos la hora en que se vieron compelidos por la fuerza a abandonar su monasterio; pero lo más amargo de su salida debió ser la fría indiferencia con que los aldeanos de ese valle de Aspeitia a que habían prodigado todo genero de auxilios, los vieron encaminarse a la frontera. Ellos contaban con que su expulsión levantaría por lo menos un movimiento de indignación y de protesta.

Pero siempre un desengaño es lo primero que se encuentra en el camino de todas las salidas del poder, y rara vez podemos encontrar más adelante en ese camino solitario, una hermosa y noble gratitud.